

# ***PITHOUSES VERSUS PITS. APUNTES PARA LA RESOLUCIÓN DE UN PROBLEMA ARQUEOLÓGICO.***

Víctor Jiménez Jáimez.<sup>1</sup>

## **ABSTRACT:**

In this article, we try to facilitate the solution of archaeological problems concerning the identification of semi-subterranean houses and propose some key points to distinguish them from other types of pits. In first place, we present a brief history of the concept of dwelling-pit. In second place, we describe the main data currently known about houses in pits from archaeology, ethnography and experimental archaeology. Finally, some reflections are made on the characteristic properties of these issues in order to improve our ability to recognise them archaeologically.

## **1. NOTA PREVIA.**

Desde hace más de un siglo, los prehistoriadores de la Península Ibérica vienen discutiendo acerca de la función y el significado de las abundantes estructuras excavadas que proliferan en ella durante el Neolítico y el Calcolítico (IV-III milenios AC.). En los últimos años, frente a las tradicionales interpretaciones de tipo funcional –“fondos de cabaña”, “silos”, “basureros”, etc. (por citar ejemplos recientes, Lizcano 1999; Lucena y Martínez 2004)-, han surgido propuestas que niegan su funcionalidad en los términos tradicionales e inciden en el significado simbólico de sus rellenos arqueológicos –como depósitos estructurados (Márquez 2006; Márquez e.p.; Márquez y Fernández 2002)-. Ambas propuestas, sin embargo, han olvidado efectuar un análisis crítico de las consecuencias del uso del concepto de casa semisubterránea en general, y en este contexto en particular.

Honestamente, creemos que de haberse realizado el esfuerzo de comprobar el alcance y las posibilidades de esta técnica arquitectónica con independencia del ámbito en el que se inserta, probablemente la interpretación de algunas fosas de los llamados recintos de fosos del Neolítico y Edad del Cobre peninsulares como fondos de cabañas semisubterráneas se habría desechado. Con ocasión de subsanar ese déficit, recientemente se ha elaborado un artículo que sigue esta línea (Jiménez Jáimez y Márquez, 2006), si bien este trabajo nos ha dado también la oportunidad de ampliar la escala de interpretación y plantear posibles soluciones a problemas arqueológicos

---

<sup>1</sup> Investigador en Formación del Programa de Ayudas para la Formación de Doctores de la Junta de Andalucía, Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa. Universidad de Málaga. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Prehistoria. Campus de Teatinos s/n, 29071 Málaga (España). [vjjaimez@uma.es](mailto:vjjaimez@uma.es)

similares en otras zonas del mundo. Es la parte menos específica de esa obra, en términos cronológicos, geográficos y culturales, la que presentamos en los epígrafes siguientes.

## 2. CONTENIDO E HISTORIA DEL CONCEPTO DE CASA-POZO.

Una de las formas más extendidas de arquitectura doméstica vernácula en el mundo son las *casas-pozo*<sup>2</sup>. Estos habitáculos, escasamente analizados por la arqueología y la antropología europeas, son chozas construidas tomando como base una fosa excavada en el suelo. Sus muros son las paredes interiores de la fosa, a las que con frecuencia hay que añadir algún tipo de pared “exenta” a base de materiales perecederos o bloques de piedra que se superpone a las primeras. Todo el conjunto iría rematado con alguna clase de cubierta. A partir de estos principios básicos se desarrolla una morfología muy variada, en consonancia con su amplia dispersión temporal y geográfica y la variedad de contextos culturales en los que aparece, pero siempre con unas características físicas estructurales que condicionan los usos y significados que pueden llegar a tener.

Sin embargo, su reconocimiento en los estudios arqueológicos no siempre es fácil. No es despreciable el número de regiones del planeta donde los arqueólogos llevan décadas discutiendo si determinadas evidencias arqueológicas constituyen restos de casas-pozo o por el contrario son simples pozos de utilización y significado diverso. Así, por ejemplo, en el Neolítico y Calcolítico de la Península Balcánica, la polémica existe al menos desde la publicación de un trabajo en los años 30 del s. XX a cargo de W. Buttler (Buttler 1936). En dicho artículo se aportaban numerosos datos etnográficos sobre la construcción y uso de viviendas semisubterráneas en los Balcanes aún en el siglo XX, lo que provocó en los años siguientes que a la mayoría de pozos de gran tamaño conocidos en la arqueología europea se les atribuyese esa misma función. Los ecos de esa discusión llegaron incluso al estudio de los pozos del Neolítico y la Edad del Hierro de las Islas Británicas (véase Cunliffe 1992; Thomas 1996), si bien trabajos posteriores fueron matizando esta interpretación en aquellas zonas en las que el registro arqueológico era más difícil de conciliar con las propuestas de Buttler.

La toma de conciencia de la gran extensión geográfica y cronológica que alcanzan las casas-pozo como forma de arquitectura doméstica, así como su especial importancia entre los pueblos nativos del Nuevo Mundo, se produjo en los años 50, a raíz de un artículo publicado por H. Daifuku titulado “The Pit House in the Old World and in Native North America”, que se complementa con la respuesta que dio al mismo A. R. González en “Concerning the existence of the Pit House in South America” (Daifuku 1952; González 1953).

Décadas después, se sigue discutiendo sobre si muchos de los pozos conocidos (*pits*) son o no casas-pozos (*pithouses* o *dwelling-pits*). Además de en la región balcánica (Chapman 2000; Jongtsma 1997) y en la Península Ibérica, la polémica está también presente en la arqueología norteamericana donde, a pesar de la amplitud del fenómeno de las chozas excavadas en regiones como el Suroeste, las discrepancias entre los investigadores continúan en lo concerniente a ciertos grupos culturales; un buen ejemplo de ello son los pozos de *Wylie Focus*, una cultura del centro-norte de Tejas que se desarrolló *grosso modo* entre 900 y 1650 de nuestra era (D. Boyd, comunicación personal)<sup>3</sup>.

En ocasiones la naturaleza de estas estructuras *en negativo* se deduce de algunas de sus características morfológicas y por el relleno arqueológico que las colmata, así como por su situación

<sup>2</sup> Utilizaremos este término con frecuencia como traducción literal de los vocablos anglosajones *pithouses* (en Norteamérica) y *dwelling-pits* (más habitual en Gran Bretaña) por dos razones. La primera es que cuenta con un precedente importante en su uso en castellano, como es la edición española de la Prehistoria de América de S. J. Fiedel (ed. Crítica, 1996), una obra de gran difusión. En segundo lugar, permite prescindir de la diferenciación entre cabaña subterránea (casi totalmente excavada) y semisubterránea (parcialmente exenta), diferenciación que, en lo que respecta a este trabajo, no haría más que complicar la exposición.

<sup>3</sup> Doug K. Boyd es Vicepresidente de *Prewitt and Associates, Inc.*, una empresa de arqueología con sede en Austin (Tejas). Es considerado un experto en la Prehistoria de la región, especialmente del estado de Tejas. Aprovechamos aquí para agradecer su buena predisposición y amabilidad.

dentro de los yacimientos: se dice de ellas que son silos de almacenamiento de diversos productos, basureros, pozos resultantes de la extracción de barro para la construcción de estructuras de adobe, lugares para depositar ofrendas o estructuras para cocinar aprovechando el calor de piedras colocadas junto al fuego. Otras veces no es tan sencillo separar este tipo de estructuras de las llamadas casas-pozo, y por eso consideramos importante la realización de este trabajo, en el cual proponemos criterios para facilitar la difícil tarea de reconocer arqueológicamente dicha fenomenología mediante el empleo de información arqueológica, etnográfica y de arqueología experimental.

Creemos que las casas-pozo como espacios arquitectónicamente creados para residir en ellos de forma permanente necesitan ciertas características básicas para su habitabilidad. No todas ellas son imprescindibles, pero sí bastantes; de hecho, se advierten algunas constantes que pueden deberse probablemente a las características físicas de los materiales y de la propia técnica y que son las que permiten unas elementales condiciones de habitabilidad en las fosas excavadas. En este sentido, algunas de las afirmaciones que a continuación realizaremos están basadas en una lógica de corte occidental que bien pudiera demostrarse errónea en algún momento debido a la particular diversidad cultural del género humano. Vaya por delante, pues, nuestro escepticismo sobre la universalidad de numerosos axiomas que se manejan habitualmente en arqueología. Los condicionantes físicos, por ejemplo, sólo lo son en relación con las necesidades sociales de cada grupo. Quede claro, además, que no creemos que la casa primitiva sea sólo un refugio, sino que coincidimos con quienes afirman que *“el espacio doméstico y la arquitectura constituyen, en las sociedades ágrafas, el mejor libro sobre el que plasmar ideas sobre el orden, la familia, la sociedad, el poder y el cosmos”* (González Ruibal 2003: 105; véase al respecto Adánez 2003, entre otros). No obstante, esperamos que se comprenda que lo que buscamos son principios generales, no verdades universales, que sirvan como referente para evaluar los datos dudosos que la investigación arqueológica proporciona, con la vista puesta en contar con las herramientas apropiadas para mantener una actitud crítica.

### 3. GEOGRAFÍA Y CRONOLOGÍA DE LAS CASAS-POZO.

La primera tarea que se nos presenta es la de reunir la mayor cantidad posible de información sobre el fenómeno de las chozas semisubterráneas y su extensión geográfica y cronológica en todo el mundo. Obviando algunos casos dudosos atribuidos hace ya muchos años al Paleolítico Superior y al Mesolítico (Daifuku 1952), creemos que las casas semisubterráneas más antiguas conocidas son las natufienses, en la franja costera sirio-palestina. El yacimiento de 'Ain Mallaha, ocupado aproximadamente entre 11000 y 9000 a. C., es considerado el poblado más antiguo del mundo (Bar-Yosef 1998; Redman 1990: 99-101). La base arquitectónica de las estructuras son las paredes interiores de una fosa que oscila alrededor de 1 metro de profundidad, paredes que se presentan recubiertas por unos muretes de piedra que servirían de soporte para una cubierta de cañas y postes de madera, como atestiguan los numerosos hoyos de poste documentados (fig. 1). En realidad, cuesta pensar en estas viviendas como en casas-pozo, puesto que más que fosas propiamente dichas, las chozas natufienses están construidas sobre pendientes rebajadas para constituir terrazas<sup>4</sup>. En algunas regiones como Siria, esta tradición arquitectónica continuó durante algún tiempo más, tendiendo hacia una mayor complejidad en su forma –tendencia oval o rectangular- y en su espacio interior –con varias cámaras-. El poblado de Jerf al-Ahmar (Akkermans y Schwartz 2003) ha proporcionado el conocimiento de casas-pozo como la denominada EA30 (fig. 1), de 2,30 metros de profundidad, con 10 hoyos de poste, interior dividido en 6 habitaciones, muros perimetrales de piedra y bancos. La cabaña EA53, por su parte, presenta una profundidad

<sup>4</sup> A decir verdad, resulta extremadamente complicado establecer la línea divisoria conceptual entre una casa-pozo poco profunda y una cabaña construida sobre un ligero rebaje o regularización de la superficie, como pueden ser las mencionadas natufienses o más claramente aún las de época Campaniforme en el sur de la Península Ibérica.

de 2 metros y un diámetro de 8 metros; además, un muro perimetral de piedra, 30 hoyos de poste y un banco corrido de 1 metro de anchura (fig. 1).

Casas-pozo, aunque más simples, también se han documentado en otras zonas del planeta que nada tienen en común culturalmente hablando con el Próximo Oriente, en especial en numerosas áreas del norte de Eurasia. El Neolítico de China es especialmente prolífico en la construcción de estructuras de habitación subterráneas (*yao dong* o *di xia jian zhu*) o semisubterráneas (*ban di xia jian zhu*), sobre todo en el norte, en las regiones más frías, áridas y de mayor altura, si bien esta práctica se prolonga hasta tiempos históricos (Golany 1992: 1-4). Por ejemplo, en la provincia china de *Shanxi* comenzaron a excavar las casas-pozo en una fecha tan temprana como el V milenio AC- cultura Neolítica de *Yangshao*-, si bien se conocen casos aún más antiguos –cultura de *Peiligang*-. En la provincia de *Heilongjiang* (Tan et. al. 1995: 143) era habitual el recubrimiento interno de las paredes del pozo con muros de piedra para evitar el colapso de las mismas, así como para ofrecer un mejor apoyo a la cubierta y mitigar la incómoda humedad de las paredes. En la cultura *Xiajidian* de la Edad del Bronce (Guo 1995: 162-165) las casas en pozo podían poseer dos muretes: uno interior a la fosa, de ladrillos de barro, y otro exterior, de piedra (fig. 2, C y D).

En Corea el uso de viviendas de este tipo se inicia también en fechas tempranas y continúa hasta la Edad del Hierro (c. 400 AC) (Nelson 1993: 172). En el período neolítico conocido como *Jomon* (10000-300 AC.) se desarrolló en Japón una arquitectura doméstica similar, con habitaciones de planta rectangular o circular denominadas *tateana jūkyo*, que perduraron durante las etapas posteriores de la historia japonesa (Young y Kimura Young 2004:12). Tenían alrededor de 1 metro de profundidad y tejado a dos aguas constituido por un entramado de postes de madera y por paja, dejando un hueco en la parte superior para la salida del humo (*Idem*: 13) (fig. 2, A).

Por razones que veremos algo más adelante, las casas-pozo son especialmente frecuentes en las zonas más frías del planeta. Tal es el caso de las islas y regiones del Pacífico Norte, como en el archipiélago Kodiak (Fitzhugh 2003), donde sociedades de cazadores-recolectores complejos las utilizaron para residir como mínimo desde 2000 o 1000 AC. En Alaska, poblaciones antepasadas de los *Inuit* solían soportar los duros inviernos de la región en casas-pozo rectangulares o cuadradas, cuya profundidad era de 50 centímetros a 1 metro y a las que se accedía por un túnel inclinado (Fiedel 1996: 174); fueron comunes en el contexto de la llamada cultura *Denbigh* (c. 2000 a. C.), con lo que se creó una tradición que, con ciertas transformaciones, continuó durante el período *Norton* (500 a. C.-500 d. C.) (*Idem*: 178). Mientras, en el Ártico oriental norteamericano, los pueblos de la cultura *Dorset* (200 a.C.-400 d. C.) construyeron casas semisubterráneas redondas o rectangulares, con techumbres de madera de abeto, cuero y turba (*Idem*: 177). El extremo norte de Europa también vio la construcción de casas-pozo entre 3000 y 1500 AC. (Hoffecker 2004: 123).

Sabemos de la existencia de *dwelling-pits* en Europa, en la zona balcánica, al menos hasta bien entrado el siglo XX de nuestra era (Buttler 1936). Podría considerarse que el antecedente de tales unidades arquitectónicas se sitúa en la Prehistoria Reciente de la zona, si nos atenemos a la interpretación que varios autores hacen de ciertas fosas excavadas y colmatadas de depósitos arqueológicos documentadas en distintos períodos y áreas balcánicas (por ejemplo, Bailey 2000, o Jongsma 1997). No obstante, otros especialistas niegan el carácter residencial de los pozos balcánicos del Neolítico y la Edad del Cobre, o al menos su caracterización como espacios de habitación estable (Chapman 2000). También se han mencionado casos posibles en Alemania, durante la Edad Media (Buttler 1936: 32).

Fuera ya de las latitudes frías hallamos algunos ejemplos. En África se encuentran en la que probablemente es la zona más fría del continente, al menos durante una parte del año, esto es, en las regiones montañosas de África Oriental (Gilman 1987: 541). Se han publicado evidencias de casas-pozo en América del Sur, concretamente en ciertas regiones de Brasil y Argentina (Beber 2004; González 1953), así como en zonas altas de los andes peruanos (por ejemplo, Craig y Aldenderfer 2002).

Pero sin duda alguna, las casas-pozo mejor conocidas de toda la arqueología mundial son los *pithouses* del *Gran Suroeste* norteamericano. Esta región es variada climatológicamente hablando, pues su relieve es muy diverso, pero, con la excepción de algunos valles fértiles, lo predominante son las zonas áridas o semiáridas. Los arqueólogos identifican las casas-pozo subterráneas como las primeras estructuras residenciales en el Suroeste, anteriores incluso a la introducción del maíz. La más antigua conocida, un *pithouse* de la era Arcaica en el río Chama, al norte de Nuevo México, se fecha en 3200 AC., y ya entonces poseía una solería de piedra y grandes hogares excavados en el suelo (Kantner 2004: 59). Con frecuencia no era necesario el pavimento pétreo, ya que con sólo excavar unos centímetros se alcanzaba el *caliche*, una capa dura de tierra típica de los desiertos de la región.

Normalmente las techumbres estaban constituidas por postes de madera, hierba y maleza (Riley 1995: 64). La mayoría de *pithouses* son circulares o rectangulares, con las paredes rectas y completamente verticales, y presentan numerosos hoyos de poste, dentro del espacio doméstico y en torno al mismo (fig. 3). Su complejidad morfológica y funcional puede llegar a ser bastante notable, habiéndose documentado vestíbulos o antecámaras, áreas de almacenamiento interno, bancos corridos, escaleras de acceso... Habitualmente se dejaba un agujero en el tejado encima del hogar con la intención de que fuera utilizado como entrada y como hueco para dejar salir el humo (Riley 1995: 70). En el Alto Río Grande, las casas-pozo continuaron en uso hasta quizá el año 950 de nuestra era, y en algunas áreas incluso más tarde (Riley 1995: 71; Cordell 1984: 230). El *pithouse* tradicional se convirtió con el paso del tiempo y tras varias transformaciones en lo que se denomina *kiva*, una especie de habitación ceremonial de uso público característica de grupos como los *anasazi* (Cordell 1984: 230).

#### 4. LAS CASAS-POZO Y SU SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA.

**¿Por qué se construyeron cabañas en negativo?** Para comenzar este análisis es necesario preguntarnos por las razones que llevan a sociedades muy diferentes entre sí, en ámbitos geográficos notablemente alejados unos de otros, a adoptar una solución arquitectónica similar, más allá de las peculiaridades culturales de cada grupo. La única hipótesis que los expertos en el poblamiento de las diferentes zonas manejan hoy en día tiene que ver con las condiciones climatológicas y la necesidad de protegerse de ellas. Se ha señalado que en climas con inviernos fríos y largos, a falta de otros medios técnicos, la habilidad para construir casas semisubterráneas pudo ser crítica para la supervivencia (Johnson 2002: 195), si bien, en realidad, las casas-pozo proporcionaban protección tanto para el frío como para el calor (Kantner 2004: 59; Young y Kimura Young 2004: 13).

Por lo que a nosotros respecta, creemos que además de una preocupación por las temperaturas extremas, la excavación de cabañas puede responder también a un intento de evitar las consecuencias negativas que sobre una estructura exenta pueden tener vientos de gran fuerza; la solidez de las paredes excavadas siempre será mayor que cualquier muro construido con técnicas simples y materiales poco resistentes como los que habitualmente se emplearon en la Prehistoria. La amplitud térmica, por otro lado, también pudo ser muy tenida en cuenta. En el Suroeste norteamericano, por ejemplo, el clima es muy duro, pero no tanto porque existan temperaturas extremas como por la extraordinaria amplitud térmica, esto es, la radical diferencia entre la temperatura del invierno y la del verano, y entre el día y la noche –la horquilla se sitúa entre varios grados bajo cero y más de 50° C sobre cero-.

Riley (1995: 70) explica las ventajas de este sistema constructivo y aporta algunos datos interesantes: “*las casas-pozo son notablemente más cálidas y más fáciles de calentar que las estructuras superficiales, con alrededor del 20 por ciento más de eficiencia sobre las construcciones superficiales en términos de retención de calor. En el Suroeste [norteamericano] se aprecia una*

clara correlación entre la altitud y la profundidad de las casas-pozo. Por ejemplo, [...] entre las casas-pozo localizadas a menos de seiscientos pies de altitud [180 metros] sólo el 21 por ciento tenían más de seis pies de profundidad [1,80 metros], mientras que entre las casas-pozo localizadas entre setecientos y ochocientos pies [entre 210 y 240 metros], el 78 por ciento medían en profundidad al menos seis pies". Así, siguiendo con el Suroeste, es sabido que los *pithouses* del grupo cultural *hohokam* -en el área meridional del Suroeste- poseen paredes más exentas, es decir, menos excavadas, que los de los *anasazi* o *mogollon* -en la Meseta de Colorado y las sierras al sur de ésta, de clima más frío- (Cordell 1984: cap. 3). Podemos relacionar estas afirmaciones con el hecho ya mencionado de que en las regiones árticas se accede a las viviendas por medio de túneles.

Asimismo, la distribución geográfica de esta técnica constructiva parece confirmar la validez de esta explicación ya que, como hemos visto, abunda en regiones de clima extremo, ya sea por razón de latitud, de altitud o de aridez, y que, de manera general, cuanto más duras son las condiciones climáticas, más subterráneas son las cabañas (fig. 4). Aparentes excepciones no lo son tanto cuando se analiza detenidamente cada caso. Así, en Brasil, las cabañas semisubterráneas se conocen sólo alrededor de los 1000 m. de altura en el *Planalto sul*, una región situada en las vías de tránsito de frentes polares, lo que implica la posibilidad de cambios bruscos de temperatura en cualquier época del año (Beber 2004: 110). Como puede verse, sólo los ejemplos procedentes del Próximo Oriente no se ajustan, aparentemente, a este paradigma.

No obstante, no debemos olvidar que no es necesario que la región en cuestión esté sometida a un clima muy duro durante todo el año para que sus habitantes sientan la necesidad de protegerse de él en casas subterráneas. En muchas ocasiones las cabañas excavadas sólo se ocupan durante la estación invernal (Gilman 1987: 541), lo cual puede relacionarse con ciertas menciones en la literatura antigua -para ser más precisos, en el *Libro de los Ritos* chino se habla de una ocupación exclusivamente invernal de covachas (Golany 1992: 5)-. Por otro lado, aunque creemos que el clima es un factor importante, **no se debe caer en un determinismo ambiental** y excluir la posibilidad de que se construyan casas-pozo en regiones de climas suaves.

**Sustitución de las cabañas subterráneas por estructuras superficiales.** En ciertos contextos culturales, como en el Suroeste norteamericano, se documenta, a partir de un determinado momento, la progresiva desaparición de las casas-pozo y su sustitución por chozas construidas por encima del suelo, fenómeno conocido como *pithouse-to-pueblo transition*. Diversos autores han intentado comprender las causas y condicionantes de este cambio en la arquitectura doméstica e incluso se ha presentado una especie de esquema evolucionista unilineal según el cual las casas-pozo son anteriores en el tiempo a las superficiales (fig. 5), siendo las primeras propias de grupos con marcada movilidad y las segundas características de sociedades más sedentarias (McGuire y Schiffer 1983; Gilman 1987; Golany 1992: 2), sobre la base de asunciones como la de que el coste en trabajo y materiales para construir un *pithouse* sería menor que para construir una cabaña sobre el suelo (McGuire y Schiffer 1983: 293-294).

Sin embargo, estas posturas son criticables por varias razones. Una de ellas es que, como bien ha puesto de manifiesto Varien (citado en Gilman 1987: 540), el concepto de costes de construcción es muy relativo, ya que depende de los materiales usados en cada asentamiento y en la facilidad de obtención de los recursos necesarios como madera, agua o arcilla en cada lugar. Y, en segundo lugar, este tipo de propuestas parten de la falsa premisa de que existe un principio universal del mínimo esfuerzo y el máximo beneficio que lleva a los grupos nómadas o seminómadas a refugiarse en estructuras endebles y perecederas, y a los grupos sedentarios a levantar viviendas más sólidas (para una crítica general a este tipo de concepciones véase Brück 1999 o González Ruibal 2003).

## 5. CARACTERÍSTICAS TÉCNICAS Y ARQUITECTÓNICAS DE LAS CASAS-POZO.

**Dimensiones.** No existen unas dimensiones máximas para los *dwelling-pits*, ya que pueden ser tan grandes como permitan los materiales y la técnica con los que se construye la techumbre. La única restricción clara en este sentido la marcaría la profundidad, ya que cuanto más profunda es la fosa base más costoso es llevar a cabo tareas como el acceso al interior de la misma, el recubrimiento interno de las paredes para evitar la humedad, la evacuación del agua en caso de entrada de ésta al espacio doméstico, etc. No obstante, sí se podrían establecer límites mínimos en el tamaño de las estructuras, ya que la habitabilidad de un lugar requiere que éste tenga un espacio mínimo por el que moverse o descansar. A este respecto habría que señalar, entre otras cosas, que la presencia de elementos estructurales o de mobiliario (bancos, hogar, postes para sostener la cubierta...) reduce la movilidad dentro de la vivienda. También habría que puntualizar que, en todo caso, la altura total de las paredes, resultante de la profundidad del pozo original más el desarrollo que ésta experimenta por el entramado que sostiene la cubierta, debe permitir como mínimo la entrada de una persona. Más aún, lo habitual es que las dimensiones mínimas permitan al menos la vida en ellas de la unidad social básica. Si en la estructura se llevan a cabo actividades económicas, las dimensiones estarán condicionadas por la diversidad y necesidades espaciales de las mismas (McGuire y Schiffer 1983: 280). Dimensiones muy reducidas podrían tener sentido, por ejemplo, en el caso de estructuras liminales, escenario de posibles ritos de iniciación o de tránsito, pero no como estrategia sistemática en este tipo de contextos.

**Forma de la planta y de las paredes.** Tanto etnográfica como arqueológicamente se han documentado plantas de muy distinta forma, como pueden ser rectangulares, cuadradas, rectangulares o cuadradas con las esquinas redondeadas, ovaladas y, finalmente, circulares. En principio esta variedad debe de tener relación, más que con aspectos funcionales, con cuestiones de tipo social o simbólico, quizá étnicas o identitarias. Tenemos una muestra de ello en el poblado de *Bear Village* (fig. 6, A), en el Suroeste de Estados Unidos, donde *anasazi* y *mogollon*, a pesar de vivir muy cerca unos de otros, mantuvieron diferencias notables en la morfología de sus respectivos *pithouses*, en especial de la planta (Kantner 2004: 12). Independientemente de estas consideraciones, resulta imposible obviar que, a pesar de todo, bien pudieran existir ciertos principios arquitectónicos que las características de la técnica y los materiales obligaran a seguir; creemos, en efecto, que *la planta debe ser de forma regular y las paredes aproximadamente rectas*. Todos los casos que conocemos de casas-pozo auténticas son de planta aproximadamente regular (ya sea ésta circular, oval o rectangular) y de paredes rectas, y la inmensa mayoría poseen abundantes hoyos de poste dentro de la cabaña y en la periferia exterior de la fosa, aunque esto último no es estrictamente necesario, como veremos.

Esta impresión se complementa con informaciones de tipo experimental. En su estudio sobre los pozos de la región balcánica durante el Neolítico y la Edad del Cobre, Chapman (2000: 87) hace referencia a un trabajo de arqueología experimental no publicado que nos proporciona pistas para comprender qué características *sine qua non* debe tener una casa-pozo para poder ser habitada de manera prolongada. El trabajo fue llevado a cabo por el Dr. Dan Monah, quien, a lo largo de varios veranos durante sus excavaciones en el *tell* de *Poduri*, vivió dentro de un pozo similar en dimensiones y forma a los del tipo *Cucuteni-Tripolye*. La planta del pozo era irregular y tenía postes de madera para sujetar la cubierta que estaban apoyados en el piso interior del mismo; las paredes, contradiciendo lo que acabamos de comentar, no eran del todo rectas. El Dr. Monah encontró dos problemas principales, uno de ellos insoportable durante el verano y el otro probablemente inaguantable durante el invierno, que obligaron al abandono de la choza en todas las ocasiones en menos de dos semanas. En efecto, la forma irregular de la planta provocaba, en primer lugar, la invasión de los insectos; y, en segundo lugar, la imposibilidad de impedir la entrada del agua de la lluvia en la cabaña. La irregularidad de la planta impedía disponer mecanismos

eficaces para contrarrestar tales problemas, y la curvatura y escasa verticalidad de las paredes no ayudaba. La no colocación de postes en la periferia exterior del pozo fue también un obstáculo para poder sellar la estructura y eludir las dificultades descritas.

Observaciones similares (McGuire y Schiffer 1983: 291) confirman la importancia de este aspecto, ya que nos informan de que incluso las medidas referidas para sellar la cabaña no consiguen más que retrasar lo inevitable: el abandono de la misma por factores como la invasión de insectos.

**Mobiliario doméstico.** Al margen del mobiliario que de por sí pudieran tener las viviendas para hacer más confortables la vida en ellas, tales como cojines, pieles, asientos o camas, en ocasiones se ha detectado la presencia de bancos adosados a las paredes de la edificación, asientos esculpidos en la propia roca madre o fabricados con barro. Nada de ello, sin embargo, es indispensable. Un componente que, en cambio, sí podría considerarse casi imprescindible es la hoguera u hogueras que dan luz y calor al espacio habitado, un espacio frecuentemente frío, húmedo y oscuro. El hogar suele ocupar una posición central en el piso de la cabaña y en ocasiones aparece claramente delimitado por barro o piedras o inserto en algún tipo de fosa, pero podemos encontrar también hogares menos claros o definidos arqueológicamente hablando. En cualquier caso, la vida en chozas tan poco ventiladas como aquellas de las que estamos hablando teóricamente requiere que, de haber uno o varios hogares, también debe haber algún punto de escape del humo que el fuego genera.

**Acceso y techumbre.** Estos dos son aspectos estrechamente vinculados. En las figuras y en la síntesis expuesta más arriba, elaborada gracias a los datos arqueológicos y etnográficos de que disponemos, se aprecia que la mayor parte de los constructores de estas estructuras optan, o por la inclusión de una entrada cenital a través de una abertura en el tejado, o por la creación de una especie de pasillo, corredor o túnel que da paso a la estancia principal y que permite una clausura aproximadamente hermética de ésta. Una variante de esta segunda posibilidad, que sólo puede darse en casas-pozo de muy escasa profundidad, consiste en un acceso en forma de pasillo muy corto situado prácticamente al nivel del suelo (fig. 2, A). Tales decisiones tecnológicas no son gratuitas, ya que se relacionan en un nivel meramente funcional –sin que ello signifique que despreciamos otros posibles niveles- con las dificultades referidas para cerrar o aislar la estructura y evitar la entrada de agua, insectos y otros elementos perturbadores de la vida en las fosas. Así, si arqueológicamente detectamos una casa-pozo de una cierta profundidad que no posea en planta ningún tipo de acceso diferenciado (corredor o túnel), debemos pensar que probablemente tuvo una entrada cenital similar a las conocidas etnográficamente –por ejemplo, en el Suroeste norteamericano-. Más aún, esta característica, unida a la también bastante extendida necesidad de dejar un hueco para la salida del humo del hogar, nos obliga a pensar en una complejidad arquitectónica del sistema de cubrición mayor de lo originariamente esperado.

La investigación arqueológica y etnográfica confirma esta impresión, ya que, aunque las estrategias para cubrir las estructuras son muy variadas, en casi todos los casos mencionados son necesarios entramados relativamente complejos de postes de madera o similares, con frecuencia numerosos, que arqueológicamente se reflejan en hoyos de poste en el interior del pozo y en sus aledaños. De cualquier forma, por lo que conocemos, el esqueleto de postes sería recubierto mediante ramas, juncos u otra clase de aislante, lo cual necesitaría a su vez la aplicación de algún material para su compactación –barro o tierra-. Difícilmente techumbres simples como las de aspecto cónico con un poste central –imaginadas por muchos arqueólogos que se enfrentan al problema de estudiar estructuras en negativo dudosas y que optan por su interpretación como casas-pozo (fig. 7)- podrían cumplir todos los requisitos de sellado del espacio doméstico –y el peso añadido que ello supone- y al mismo tiempo dejar un vano para la entrada y salida de las personas y artefactos y para la evacuación del humo. Y, en cualquier caso, el poste central nunca sería único, ya que el peso de la tierra o barro obligaría a que la forma cónica se realizase

con auténticos postes que producirían evidencia arqueológica, no con simples ramas. La única solución tecnológica que no conlleva la presencia de abundantes postes de madera para crear una cubierta compleja consiste en levantar un muro de escasa altura sobre el suelo, en la periferia del pozo, y apoyar sobre él, y no sobre el suelo, una serie de vigas que sostendrían el tejado, técnica de la cual poseemos algunas, muy escasas, noticias etnográficas en los Balcanes (fig. 5, B) y en China (fig. 2, C y D).

Hay que señalar que conocemos un caso etnográfica y arqueológicamente documentado de casa-pozo que no cumple con algunos de los que a lo largo de estas líneas hemos ido presentando como requisitos indispensables para la vida en una vivienda semisubterránea. Nos referimos a las cabañas *Taquara/Itararé* de la meseta sur brasileña, que no ponen en práctica soluciones arquitectónicas para evitar la entrada de agua y el acceso se realiza a nivel del suelo sin ningún tipo de precaución especial. Sin embargo, los condicionantes materiales son los mismos para todas las casas-pozo, sin exclusión. Esta aparente paradoja se resuelve adoptando estrategias de diferente naturaleza, como es la construcción de las escasas cabañas que forman las aldeas siempre en los puntos más altos de una elevación o cerro, de manera que la inundación es imposible puesto que la fuerza de la gravedad lleva al agua pendiente abajo (Beber 2004: 198).

**Subdivisión del espacio interno.** Este es un aspecto que se relaciona directamente con ciertas puntualizaciones que se han realizado más arriba acerca de la vivienda como reproducción a pequeña escala del orden social y cósmico. La mayor parcelación del espacio está presente en las estructuras pertenecientes a los contextos culturales de mayor complejidad social, como algunos del Suroeste norteamericano, del Próximo Oriente o del Extremo Oriente, aunque esta afirmación haya que tomarla con la debida cautela (Adánez 2003: 41). Suele tomar la forma de áreas específicas de almacenamiento o de actividad, diferentes habitaciones, vestíbulos o antecámaras, etc. Depende asimismo del tamaño de la vivienda, ya que las de mayor espacio interior pueden albergar a más de una familia o célula social, cada una con su espacio propio. Algunas de estas divisiones pueden materializarse en elementos estructurales como paredes, y otras en cambio ser más sutiles, no físicas, ya que las paredes, *“insertas en un sistema territorial doméstico, no constituyen límites en sí, sino formas arquitectónicas de materializarlos”* (Adánez 2003: 48).

**Tiempo de uso de la cabaña.** Este es un parámetro poco conocido, pero sabemos que los *pithouses* norteamericanos requerían un mantenimiento regular para alargar su vida, si bien tales reparaciones no podían evitar que la vida de estas habitaciones fuera breve. Y es que la mayoría de las casas-pozo norteamericanas se sustentaban sobre postes de madera colocados directamente sobre el suelo, lo que provocaba un deterioro rápido de los mismos debido a la acción de los insectos y a repetidos procesos de mojado y secado (Wilson, citado en Schiffer 1987: 227; McGuire y Schiffer 1983: 291; D. K. Boyd, comunicación personal). Los *pithouses* convencionales, de acuerdo con estudios arqueológicos, etnográficos y de arqueología experimental, pueden mantenerse habitables un máximo de 25 años, siendo lo habitual una duración entre 7 y 15 años. En el caso de las poco frecuentes casas-pozo cuyo soporte para la cubierta no son postes de madera sino muros (ver más arriba), la vida de la cabaña depende ante todo de la durabilidad del material que compone el muro, probablemente de piedra o adobe. En el caso del adobe también sería una vida breve, a tenor de lo que conocemos sobre la longevidad de las estructuras de adobe en la mayoría de ambientes, incluso con mantenimiento regular (véase entre otros McIntosh 1974; y Schiffer 1987: 220-231).

## 5. RECAPITULANDO.

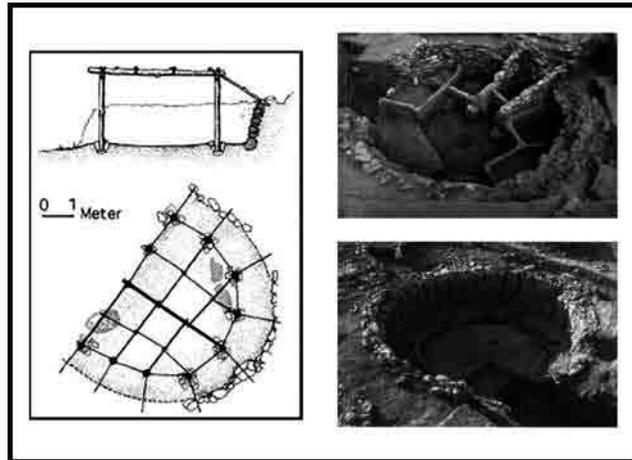
A lo largo de este texto se ha hecho hincapié en que la homogeneidad de la técnica arquitectónica y de los materiales empleados para su construcción dan lugar a ciertas constantes

en el diseño y componentes de las casas-pozos, a pesar de su amplia dispersión geográfica y temporal y la gran variedad de contextos culturales en los que está presente. Esperamos que ello ayude a resolver problemas concretos de la arqueología de América y de otros ámbitos. Hemos identificado una mayor frecuencia de aparición de las chozas semisubterráneas en las zonas frías del planeta y en las áreas de fuerte amplitud térmica. Se ha examinado su morfología y se ha observado que todas ellas poseen una planta de forma regular y las paredes rectas, motivada esta característica por la necesidad de proteger el espacio interior de la entrada de agentes desagradables para la vida humana, problema que no se da en las estructuras de habitación construidas en superficie. De todos los aspectos tratados, quizá el más importante sea el de los sistemas de cubrición posibles, que en todos los casos se demuestran de cierta complejidad, lo que debiera tenerse en cuenta a la hora de valorar propuestas de cubrición simples como la de la cubierta cónica con poste central. En consonancia con lo anterior, los sistemas de acceso suelen tener implicaciones arquitectónicas más significativas que los simples vanos de las cabañas superficiales. Finalmente, al margen de otras consideraciones, pensamos que es rechazable la aplicación de esquemas evolucionistas unilineales como el que supone que las viviendas semisubterráneas son una forma más primitiva de arquitectura doméstica que las superficiales, y que, de alguna forma, son un paso más en la evolución “natural” de las sociedades prehistóricas: de las cuevas (hábitat troglodita, propio de culturas “atrasadas”) a las cabañas exentas (más “civilizadas”), pasando por las semisubterráneas (hábitat semitroglodita).

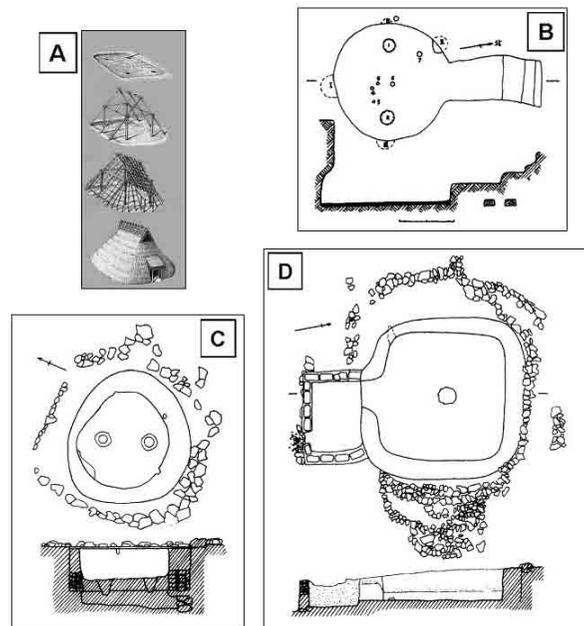
## BIBLIOGRAFÍA.

- ADÁNEZ, J. (2003), Una concepción de la organización espacial doméstica: morfología y dinámica, *Revista Española de Antropología Americana*, vol. Extraordinario, Madrid, Universidad Complutense, pp. 35-53.
- AKKERMANS, P. M.; SCHWARTZ G. M. (2003)- *The Archaeology of Syria*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BAR-YOSEF, O. (1998), The Natufian Culture in the Levant: Threshold to the Origins of Agriculture, *Evolutionary Anthropology*, vol. 6, pp. 159-177.
- BAILEY, D. W. (2000)- *Balkan Prehistory. Exclusion, incorporation and identity*, London, New York, Routledge.
- BEBER, M. V. (2004)- *O sistema de assentamento dos grupos ceramistas do planalto sul-brasileiro: o caso da tradição Taquara/Itararé*, Tese doutorado, São Leopoldo, Brasil, Universidade do Vale do Rio do Sinos.
- BRÜCK, J. (1999), Ritual and rationality. Some problems of interpretation in European Archaeology, *European Journal of Archaeology*, vol. 2 (3), London, Sage Publications, pp. 313-344.
- BUTTLER, W. (1936), Pits and Pit-dwellings in Southeast Europe, *Antiquity*, vol. 10 (37), York (Reino Unido), pp. 25-36.
- CHAPMAN, J. (2000), Pit-digging and Structured Deposition in the Neolithic and Copper Age, *Proceedings of the Prehistoric Society*, vol. 66, The Prehistoric Society, pp. 61-87.
- CORDELL, L. (1984)- *Prehistory of the Southwest*, New York, Academic Press.
- CRAIG, N.; ALDENDERFER, M. (2002), Domestic Architecture from the Late Archaic South-Central Andean Site of Jiskairumoko, *Paper presented at the 67 Annual Meeting of the Society for American Archaeology*, Denver, Estados Unidos.
- CUNLIFFE, B. (1992), Pits, preconceptions and propitiation in the British Iron Age, *Oxford Journal of Archaeology*, vol. 11 (1), Oxford, Blackwell Publishing, pp. 69-83.
- DAIFUKU, H. (1952), The Pit House in the Old World and in Native North America, *American Antiquity*, vol 18 (1), Society for American Archaeology Press, pp. 1-7.
- EVANS, C. (1988), Monuments and analogy: the interpretation of causewayed enclosures, In Burgess, C. et al. (Coord. de), *Enclosures and Defences in the Neolithic of Western Europe*. BAR International Series, 403 (I) (II), Oxford, Archaeopress.
- FIEDEL, S. J. (1996)- *Prehistoria de América*, Barcelona, Crítica.
- FITZHUGH, B. (2003)- *The Evolution of Complex Hunter-Gatherers: Archaeological Evidence from the North Pacific*. New York, Kluwer Academic/ Plenum Publishers.
- GILMAN, P. A. (1987), Architecture as Artifacts: Pit Structures and Pueblos in the American Southwest, *American*

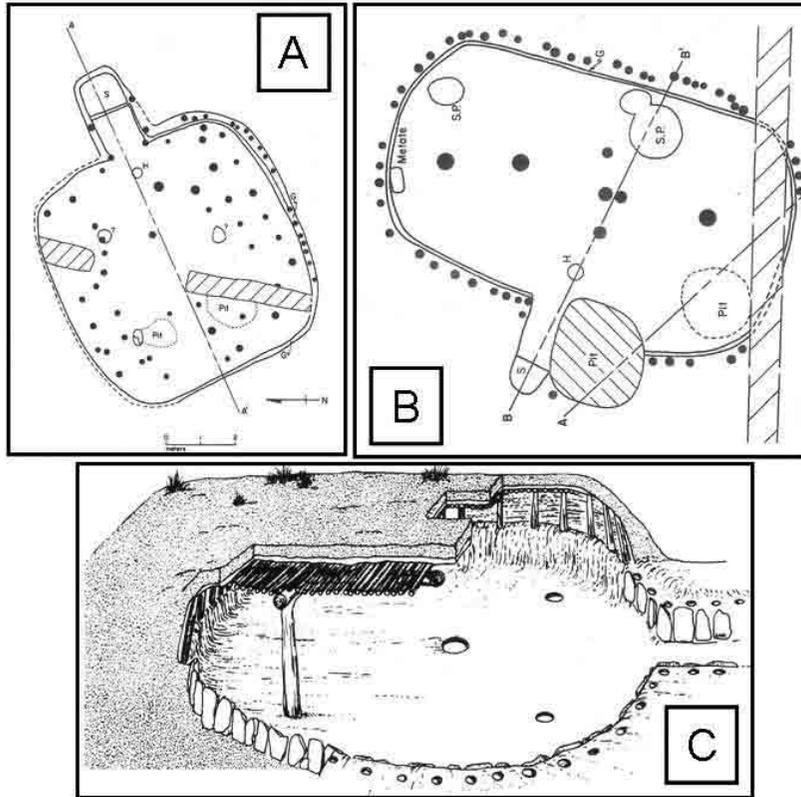
- Antiquity*, vol. 52 (3), Society for American Archaeology Press, pp. 538-564.
- GOLANY, G. S. (1992)- *Chinese Earth-sheltered Dwellings: Indigenous Lessons for modern Urban Design*. University of Hawaii Press.
- GONZÁLEZ, A. R. (1953), Concerning the existence of the Pit House in South America, *American Antiquity*, vol. 18 (3), Society for American Archaeology Press, pp. 271-272.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2003)- *La experiencia del Otro. Una introducción a la Etnoarqueología*, Madrid, Akal Arqueología.
- GUO DA-SHUN (1995), Lower Xiajiadian culture, In Nelson, S. M. (Coord. de), *Archaeology of Northeast China: Beyond the Great Wall*, London, Routledge, pp. 147-181.
- HOFFECKER, J. F. (2004), *A Prehistory of the North: Human Settlement of the Higher Latitudes*, Rutgers University Press.
- JIMÉNEZ JÁIMEZ, V.; MÁRQUEZ, J. E. (2006), *Aquí no hay quien viva*. Sobre la existencia de casas-pozo en Andalucía durante el IV y el III milenios AC., *Revista Spal* 15:39-49, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- JOHNSON, L. L. (2002), Natural disasters and cultural change in the Shumagin Islands, In Torrence, R. y Grattan J. (Coord. de), *Natural Disasters and Cultural Change*, London, Routledge.
- JONGSMA, T. (1997)- *Distinguishing pits from pit houses through daub analysis: The nature and location of Early Neolithic Starčevo-Criș houses at Foeni-Salaș, Romania*. Master's Thesis inédita, Winnipeg, Canadá, Universidad de Manitoba.
- KANTNER, J. (2004)- *Ancient Pueblo Southwest*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LIZCANO, R. (1999)- *El Polideportivo de Martos (Jaén): un yacimiento neolítico del IV Milenio AC. Nuevos datos para la reconstrucción del Proceso Histórico del Alto Guadalquivir*, Córdoba, Publicaciones Obra Social y Cultural Cajasur.
- LUCENA, A.; MARTÍNEZ, R. (2004), Constructores de fosos, campos de silos y fondos de cabañas del sur de la Península Ibérica. Reflexiones en torno a su vida y su muerte, *Historiae*, vol. 1, Barcelona, pp. 16-35.
- MÁRQUEZ, J.E. (2006), Neolithic and Copper Age ditched enclosures and social inequality in the Iberian south (IV-III millennia cal BC), In Díaz-del-Río, P. y García Sanjuán, L. (Coord. de), *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*, BAR International Series, vol. XXX, Oxford, Archaeopress.
- MÁRQUEZ, J. E. (en prensa), La problemática de los recintos de fosos de la Prehistoria Reciente en el sur de España, In Jorge, S. O. (Coord. de), *Formas de organização do espaço e técnicas de construção durante a Pré-história Recente*, IV Congresso de Arqueologia Peninsular.
- MÁRQUEZ, J. E.; FERNÁNDEZ, J. (2002), Viejos depósitos, nuevas interpretaciones: La Estructura nº 2 del yacimiento prehistórico de los Villares de Algane (Coín, Málaga), *Mainake*, vol. XXI-XXII, Málaga, pp. 301-333.
- MCGUIRE, R. H. y SCHIFFER, M. B. (1983), A Theory of Architectural Design, *Journal of Anthropological Archaeology*, vol. 2, New York, Academic Press, pp. 277-303.
- MCINTOSH, R. J. (1974), Archaeology and Mud Wall Decay in a West African village, *World Archaeology*, vol. 6 (2), London, Taylor & Francis, pp. 154-171.
- NELSON, S. M. (1993)- *The Archaeology of Korea*. Cambridge University Press.
- NELSON, S. M. (Coord. de) (1995)- *The Archaeology of Northeast China: Beyond the Great Wall*, London, Routledge.
- REDMAN, CH. L. (1990)- *Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*, Barcelona, Crítica.
- RILEY, C. R. (1995)- *Río del Norte: People of the Upper Rio Grande from the Earliest Times to the Pueblo Revolt*. University of Utah Press.
- SCHIFFER, M. B. (1987)- *Formation Processes of the Archaeological Record*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
- SEYMOUR D.; SCHIFFER, M. (1987), A Preliminary Analysis of Pithouse Assemblages from Snaketown Arizona, In Kent, S. (Coord. de), *Method and Theory For Activity Area Research. An Etnoarqueological Approach*. New York, Columbia University Press.
- TAN YING-JIE et al. (1995), The Neolithic in Heilongjian province, In Nelson, S. M. (Coord. de), *Archaeology of Northeast China: Beyond the Great Wall*, London, Routledge, pp. 118-144.
- THOMAS, J. (1996), Neolithic Houses in Mainland Britain and Ireland: A Sceptical View, In Darvill, T. & Thomas, J. (Coord. de), *Neolithic Houses in Northwest Europe and Beyond*, Oxford, Oxbow Monographs, pp. 1-12.
- YOUNG D.; KIMURA YOUNG, M. (2004), *Introduction to Japanese Architecture*. Tokyo, Tuttle Publishing.



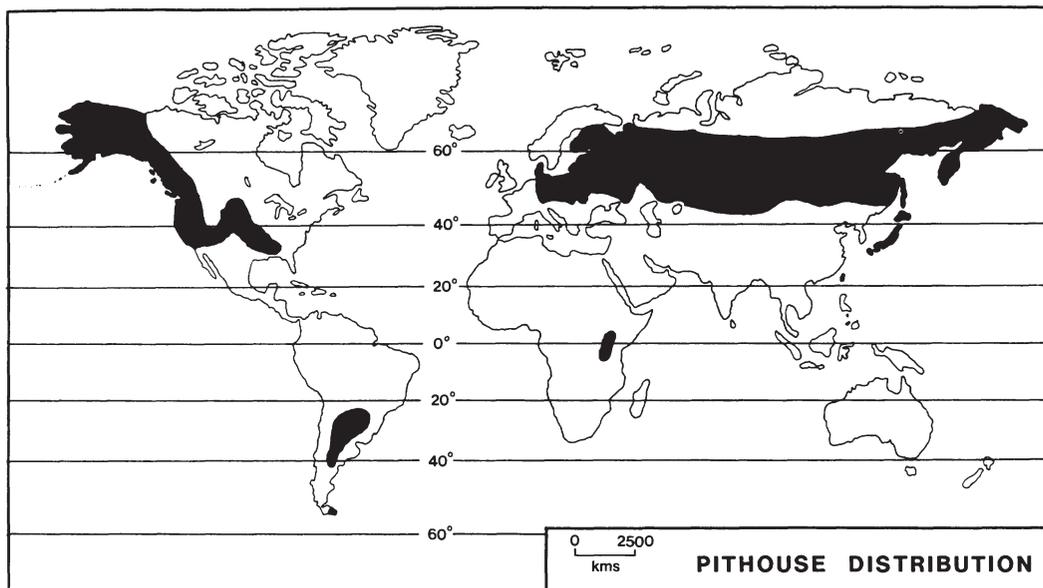
**Fig. 1** – Cabaña semisubterránea de 'Ain Mallaha, según Valla (dibujo recogido en Bar-Yosef 1998: fig. 4), a la izquierda. Cabaña EA30 de Jerf al-Ahmar (Akkermans y Schwarz 2003: fig. 3.5), arriba a la derecha. Abajo a la derecha, cabaña EA53 de Jerf al-Ahmar (Idem: fig. 3.7).



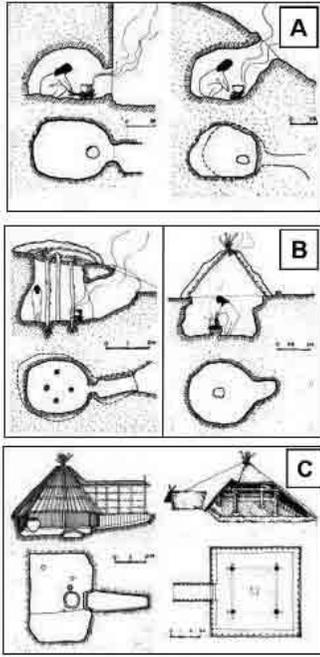
**Fig. 2** – A) Proceso de construcción de un pit-dwelling de la cultura japonesa Jomon, de poca profundidad y acceso al nivel del suelo (Young y Kimura Young 2004: 13). B, C y D) Pithouses en China: B) casa-pozo en Sifendi, Chifeng (Guo 1995: fig. 5.11); C) Casa F2 en Fengxia (Guo 1995: fig. 5.13); D) Casa F12 en Fengxia (Guo 1995: fig. 5.12).



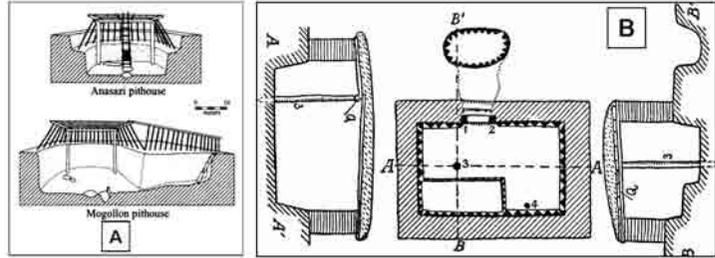
**Fig. 3** A y B) Plantas de dos pithouses en el poblado hohokam de Snaketown, Arizona, Estados Unidos (Seymour y Schniffer 1987: fig. 12.2 y fig. 12.4 respectivamente). C) Reconstrucción ideal de un pithouse basketmaker, según Charles M. Carrillo (reproducido en Cordell 1984: fig. 3.4, B).



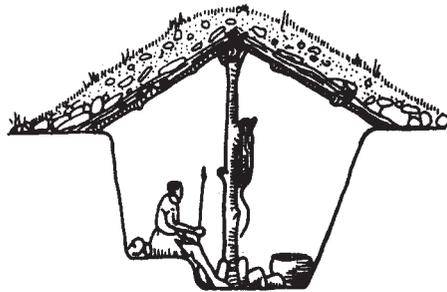
**Fig. 4** Distribución mundial de las casas-pozo a partir de la información etnográfica, no arqueológica, disponible (según Gilman 1987: fig. 1)



**Fig. 5** Representación abreviada del hipotético proceso evolutivo unilineal que lleve a las sociedades de la prehistoria china a la vida sobre el suelo partiendo de la vida troglodita en cuevas, propuesto por Golany 1992: fig. 1.1. A) Covachas artificiales; B) Hábitat troglodita; C) Hábitat semisubterráneo elaborado.



**Fig. 6** Reconstrucción de sendos anasazi en Bear Village, según Reid y Whittlesey (dibujo reproducido en Kantner 2004: fig. 1.6). B) Dwelling-pit de la región balcánica con muros de adobe, según buttler 1936: fig. 9.



**Fig. 7** Reconstrucción ideal de una supuesta casa-pozo de la Prehistoria británica, según Piggott (dibujo reproducido en Evans 1988: fig. 3.1), interpretación desechada en la actualidad por la mayoría de arqueólogos británicos.